

**HAY QUIENES ELIGEN  
LA OSCURIDAD**

**Charlie Donlea**

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

## LA EUFORIA

*Chicago, 9 de agosto de 1979*

EL NUDO CORREDIZO SE LE ajustó alrededor del cuello y la falta de oxígeno lo sumió en una mezcla vertiginosa de excitación y pánico. Se dejó caer de la banqueta y permitió que la cuerda de nailon cargara con todo el peso de su cuerpo. Los que no entendían el shock de adrenalina que eso brindaba considerarían que el sistema de poleas era salvaje, pero él conocía el poder que tenía. La Euforia era una sensación más formidable que cualquier narcótico. No existía otra circunstancia de la vida que brindara una experiencia semejante. En pocas palabras, vivía solo para experimentarla.

Cuando se alejó de la banqueta, la cuerda a la que estaba atado el nudo corredizo crujió con el peso de su cuerpo y se deslizó por la polea a medida que él se acercaba al suelo. La cuerda se curvaba por encima del eje, bajaba a una segunda polea, luego volvía a subir y girar alrededor de la palanca final, formando una M.

Atado al otro extremo de la cuerda había otro lazo de nailon que rodeaba el cuello de la víctima. Cada vez que él se despegaba de la banqueta, el lazo que rodeaba su cuello cargaba el peso de ella y la hacía levitar a un metro y medio del suelo.

Ya no había pánico en ella, ni se le agitaban las piernas y los brazos. Cuando se elevó esta vez, fue como en sueños.

La Euforia le saturó el alma y la imagen de ella en el aire le cautivó la mente. Cargó con el peso de ella todo lo que pudo, hasta quedar casi inconsciente y al borde del éxtasis absoluto. Cerró los ojos por un instante. La tentación de seguir en busca del máximo placer era intensa, pero conocía los peligros de adentrarse demasiado por ese sendero espeluznante. Si se excedía, no podría regresar. Aun así, no pudo resistirse.

Con la cuerda ajustada alrededor de la garganta, enfocó los ojos entrecerrados en la víctima que tenía enfrente. La cuerda se ajustó aún más, oprimiéndole la carótida y enturbiándole la visión. Cerró los ojos y se dejó ir momentáneamente hacia la oscuridad. Solo un instante más. Un segundo más.

## LAS CONSECUENCIAS

*Chicago, 9 de agosto de 1979*

VOLVIÓ AL PRESENTE, JADEANDO, PERO el aire no entraba en sus pulmones. Presa del pánico, buscó con el pie el borde de la banqueta hasta que pudo apoyar los dedos sobre la superficie plana de madera. Se aseguró sobre ella, alivió la presión alrededor de su cuello y aspiró grandes bocanadas de aire mientras su víctima caía al suelo delante de él. Las piernas ya no la sostenían. Se desmoronó en el suelo y el peso de su cuerpo tiró del extremo de la cuerda que se encontraba a su lado, hasta que el grueso nudo de seguridad se atascó en la polea de ese lado, manteniendo aflojado el lazo alrededor de su cuello.

Se quitó el lazo y esperó unos minutos a que el enrojecimiento de la piel se atenuara. Se dio cuenta de que había ido demasiado lejos esta vez. A pesar del protector de gomaespuma que llevaba puesto alrededor del cuello, tendría que buscar la forma de ocultar las marcas violáceas que se le habían hecho. Debía ser más cuidadoso que nunca. La gente había empezado a entender la situación. Habían aparecido artículos en los periódicos. Las autoridades habían emitido advertencias y el miedo comenzaba a impregnar el aire de verano. Desde que comenzó a tomar conciencia de los hechos, él se había mostrado prudente en la persecución y meticuloso en la planificación; era preciso ocultarse y no dejar rastros.

Había encontrado el lugar ideal para esconder los cuerpos. Pero controlar la Euforia era más difícil y temía ser incapaz de disimular la adrenalina que lo embargaba en los días siguientes a las sesiones. Lo más inteligente sería suspender todo, intentar pasar inadvertido y esperar a que se calmaran las aguas. Pero le resultaba imposible suprimir la necesidad de esa Euforia: era el centro de su existencia.

Sentado en la banqueta, de espaldas a su víctima, se tomó un momento para recuperar el control de sus emociones. Cuando estuvo listo, se volvió hacia el cuerpo de la mujer para limpiarlo y prepararlo para el traslado del día siguiente. Una vez que hubo terminado, cerró con llave y subió al vehículo. Durante el trayecto hasta su casa no logró calmar los efectos secundarios de la Euforia. Al aparcar delante de la entrada, vio que la casa estaba a oscuras, lo que le produjo un gran alivio. Seguía temblando, y no habría podido entablar una conversación normal. Una vez dentro, metió la ropa en la lavadora, se dio una ducha rápida y se acostó.

Ella se movió al sentir que él se cubría con la sábana.

—¿Qué hora es? —preguntó con los ojos cerrados y la cabeza hundida en la almohada.

—Tarde. —La besó en la mejilla—. Sigue durmiendo.

Ella deslizó una pierna por encima del cuerpo de él y un brazo sobre su pecho. Él permaneció de espaldas, contemplando el techo. Por lo general, cuando volvía a su casa, le llevaba horas tranquilizarse. Cerró los ojos y trató de controlar la adrenalina que le corría por las venas. Revivió las últimas horas en su mente. Nunca lograba recordar todo enseguida con claridad. En las siguientes semanas, los detalles irían volviendo a él. Pero hoy, detrás de los párpados cerrados, sus ojos se movían de un lado a otro sacudidos por los fogonazos que le enviaba el centro de su memoria. El rostro de su víctima. El terror en sus ojos. El lazo ajustado alrededor de su cuello.

Las imágenes y los sonidos se le arremolinaban en la mente; se dejó llevar por la fantasía y sintió que ella se despertaba, se movía y se le acercaba. Con la Euforia sacudiéndole las venas y la endorfina corriéndole por los dilatados vasos sanguíneos y retumbando en sus oídos, permitió que ella le besara el cuello, luego el hombro. Dejó que le deslizara la mano por la cintura de los pantalones cortos. Presa de excitación, rodó sobre ella. Mantuvo los ojos cerrados y bloqueó de sus oídos los suaves gemidos de su esposa.

Pensó en su lugar de trabajo. En la oscuridad. En cómo podía ser él mismo cuando estaba allí. Se acomodó en un ritmo sexual agradable y se concentró en la chica a la que había llevado allí esa misma noche más temprano. La que había levitado como un fantasma frente a él.

## EL DULCE PERFUME DE LAS ROSAS

*LA MUJER SE INCLINÓ, COLOCÓ las tijeras contra la base del tallo de la rosa y lo cortó. Repitió el proceso hasta tener seis rosas de tallo largo en la mano. Subió los escalones hasta la galería trasera, dejó las rosas sobre la mesa y se sentó en la mecedora a disfrutar del paisaje. Vio que la niña se acercaba y subía hacia ella.*

*Tenía una voz aguda e inocente, como todos los niños.*

*—¿Por qué siempre cortas rosas del jardín? —preguntó la niña.*

*—Porque son hermosas. Y si las dejas en la planta, con el tiempo se marchitan y se secan. Si las corto, puedo darles un uso mejor.*

*—¿Quieres que las ate? —preguntó la niña.*

*Tenía diez años y era lo más dulce que le había sucedido en la vida. Sacó del delantal un alambre fino recubierto de plástico, se lo dio y observó cómo cogía cuidadosamente las rosas. Evitando las espinas, la niña envolvió los tallos y retorció el alambre hasta tener un ramo apretado.*

*—¿Qué haces con las flores? —quiso saber la niña.*

*La mujer cogió el precioso ramo de las manos de la pequeña.*

*—Ve adentro y arréglate para la cena.*

*—Te veo recogerlas todos los días y luego yo las preparo. Pero después no las vuelvo a ver.*

*La mujer sonrió.*

*—Hoy tenemos trabajo después de cenar. Esta noche te dejaré pintar, si crees que tu pulso es ya suficientemente firme. —La*

*mujer esperaba que el señuelo sirviera para cambiar el rumbo de la conversación.*

*La niña sonrió.*

*—¿Me dejarás pintar a mí sola?*

*—Sí. Ya es hora de que aprendas.*

*—¡Lo haré bien, te lo prometo! —le aseguró antes de entrar corriendo en casa.*

*La mujer esperó un momento, hasta que oyó tintinear los platos cuando la niña puso la mesa. Entonces se levantó, colocó con esmero el ramillete de rosas, bajó los escalones y cruzó la pradera de detrás de la casa. El sol se ponía y los abedules proyectaban sombras que se cruzaban en su camino.*

*Mientras caminaba, se llevó las flores a la nariz y aspiró el dulce perfume de las rosas.*





**PARTE I**  
**EL LADRÓN**



# CAPÍTULO 1

*Chicago, 30 de septiembre de 2019*

LOS DOLORES EN EL PECHO habían comenzado el año anterior. En ningún momento hubo dudas sobre el origen: los provocaba el estrés, y los médicos le aseguraron que no le causarían la muerte. Pero el episodio de esta noche era particularmente angustiante; se había despertado bañado en sudor nocturno. Cuanto más se esforzaba por inspirar, más se sofocaba. Se sentó en la cama luchando contra la sensación de ahogo. Por experiencia, sabía que el episodio pasaría. Buscó el envase de aspirinas que tenía en el cajón de la mesilla de noche y se colocó una debajo de la lengua, junto con una tableta de nitroglicerina. Diez minutos más tarde, los músculos del tórax se relajaron y sus pulmones pudieron expandirse.

No era casualidad que este último ataque de angina de pecho coincidiera con la llegada de la carta de la comisión de libertad condicional que estaba sobre la mesilla de noche. Había leído la carta antes de dormirse. Junto a la misiva, había una citación del juez para una reunión. Se levantó de la cama, cogió el documento y, con la camiseta empapada de sudor frío pegada contra la piel, bajó la escalera y se dirigió a su despacho. Giró la cerradura con combinación de la caja fuerte

que estaba debajo del escritorio y abrió la puerta. Dentro había un montón de cartas antiguas de la comisión de libertad condicional, al que añadió la nueva.

La primera carta le había llegado hacía una década. Dos veces al año, la comisión se reunía con su cliente, le denegaba la libertad y explicaba su decisión en un informe cuidadosamente redactado, a prueba de apelaciones y reclamaciones. Pero el año pasado había llegado un documento diferente. Era una carta larga del presidente de la comisión, que describía en gran detalle lo impresionados que estaban por el progreso de su cliente a lo largo de los años y por cómo su cliente era la definición misma de la palabra “rehabilitación”. Los dolores de pecho comenzaron después de leer la frase final de la carta, donde la comisión manifestaba entusiasmo por la próxima reunión y daba a entender que a su cliente le esperaban buenas noticias.

Esta última misiva marcaba para él la llegada de un tren pesado y lento, cargado con dolor y sufrimiento, secretos y mentiras. Ese tren siempre había sido un punto en el horizonte que nunca avanzaba. Pero ahora se agrandaba día a día y no había forma de detener su avance a pesar de sus muchos intentos. Sentado detrás del escritorio, contempló el estante del medio de la caja fuerte. Había una carpeta llena de páginas de investigación: una exploración en la que, en momentos de angustia y dolor como los de esta noche, deseaba no haberse embarcado nunca. Sin embargo, las secuelas de sus descubrimientos eran tan profundas y le habían cambiado la vida de tal forma, que si no hubiese encarado esa investigación, hoy se sentiría vacío. Y la idea de que sus propias mentiras y engaños pronto podrían emerger de las sombras bajo las que habían estado escondidas durante años era suficiente para estrujarle —literalmente— el corazón.

Se secó el sudor de la frente y se concentró en llenar los pulmones de aire. Su mayor temor era que su cliente quedara

en libertad para continuar la búsqueda. La investigación, que no había dado resultados, se reactivaría una vez que su cliente saliera de prisión. Eso no podía suceder: tenía que hacer todo lo que estaba en su poder para impedirlo.

Solo en el despacho, sintió un nuevo escalofrío y la camiseta empapada se le pegó a los hombros. Cerró la caja fuerte y giró el dial. El dolor de pecho volvió, sintió que le oprimía los pulmones, y se recostó hacia atrás en la silla para luchar contra el pánico provocado por la sensación de ahogo. Ya pasaría. Siempre pasaba.

## CAPÍTULO 2

*Chicago, 1 de octubre de 2019*

RORY MOORE SE COLOCÓ LAS lentillas, movió los ojos y parpadeó para enfocar la vista. Detestaba la visión que le ofrecían las gafas, con cristales gruesos como fondos de botella: un mundo curvo y distorsionado. Las lentillas incrementaban su agudeza visual, pero no la sensación de protección que experimentaba detrás de la montura, por lo que había optado por un término medio. Cuando sintió que las lentillas se le habían acoplado en los ojos, se colocó unas gafas con cristales sin aumento y se ocultó detrás del armazón de plástico como un guerrero tras su escudo. Para Rory, cada día era una batalla.

Habían quedado en encontrarse en la biblioteca Harold Washington en la calle State; media hora después de enfundarse en su armadura protectora —gafas, gorro de lana bien calado, abrigo abotonado hasta la barbilla con el cuello levantado—, Rory bajó del coche y entró en la biblioteca. Las primeras reuniones con clientes siempre se llevaban a cabo en lugares públicos. Desde luego, a la mayoría de los coleccionistas les molestaba este procedimiento, porque significaba sacar sus preciados trofeos a la luz. Pero si buscaban a Rory Moore y su talento para la restauración, tenían que acatar sus reglas.

La reunión de hoy requería más atención de lo normal, ya que era un favor que le hacía al detective Ron Davidson, que no solo era un buen amigo, sino también su jefe. Como este era un trabajo eventual o, como a muchos les gustaba decir (para su disgusto), un “pasatiempo”, de algún modo la hacía sentirse orgullosa de que Davidson se lo habría pedido. No todos comprendían la compleja personalidad de Rory Moore, pero con el paso de los años, Ron Davidson había traspasado su armadura y se había ganado su admiración. Si él le pedía un favor, Rory no se lo pensaba dos veces.

Al atravesar las puertas de entrada, reconoció de inmediato la muñeca Kestner de porcelana que estaba dentro de una caja alargada en brazos del hombre que esperaba en el vestíbulo. En un abrir y cerrar de ojos, la mente de Rory evaluó al individuo con la velocidad de un rayo: cincuenta y tantos años, rico, profesional (empresario, médico o abogado), bien afeitado, zapatos lustrados, chaqueta deportiva sin corbata. Descartó la opción de médico o abogado. Era un pequeño empresario. Seguros, o algo similar.

Respiró profundamente, se ajustó bien las gafas y se le acercó.

—¿Señor Byrd?

—Sí —respondió el hombre—. ¿Rory?

Desde su estatura de más de un metro ochenta, contempló el metro cincuenta y ocho de Rory, esperando una confirmación. Ella no se la dio.

—Veamos qué es lo que trae —dijo señalando la caja con la muñeca de porcelana antes de dirigirse a la sala principal de la biblioteca.

El señor Byrd la siguió hasta una mesa en un rincón. Había poca gente en la biblioteca a esa hora de la tarde. Rory dio una palmada en la mesa y el señor Byrd colocó la caja sobre la superficie.

—¿Cuál es el problema? —quiso saber Rory.



—Esta muñeca es de mi hija. Se la regalaron cuando cumplió cinco años y siempre ha estado impecable.

Rory se inclinó sobre la mesa para poder ver mejor la muñeca a través del plástico transparente de la parte superior de la caja. La cara de porcelana estaba rajada por el medio; la grieta comenzaba a la altura del cabello, cruzaba el ojo izquierdo y bajaba por la mejilla.

—Se me cayó —se lamentó el señor Byrd—. No puedo creer que se haya roto.

Rory asintió.

—¿Me permite verla?

Él empujó la caja hacia ella. Rory abrió el cierre con cuidado y levantó la tapa. Inspeccionó la muñeca dañada como un cirujano examina al paciente anestesiado que tiene sobre la mesa del quirófano.

—¿Se rajó o se rompió? —preguntó.

El señor Byrd buscó en el bolsillo y sacó una bolsita de plástico que contenía pequeños trozos de porcelana. Rory notó que tragaba con esfuerzo para controlar sus emociones.

—Aquí está todo lo que he encontrado. El suelo era de madera, así que creo que he recuperado todos los trocitos.

Rory cogió la bolsa y analizó las esquirlas. Volvió a la muñeca y pasó los dedos suavemente sobre la porcelana rota. La grieta era uniforme y sencilla de unir. La restauración de la mejilla y la frente podía quedar perfecta. No así el hueco del ojo. Recomponerlo requeriría de todo su talento y era probable que necesitara ayuda de la única persona que era mejor que ella en restauración de muñecas. La rotura seguramente estaría en la parte trasera de la cabeza. Esa reparación también sería difícil debido al cabello y el diminuto tamaño de las esquirlas que estaban en la bolsita de plástico. Decidió no sacar la muñeca de la caja hasta llegar a su taller, por temor a que se desprendieran más trozos de porcelana de la parte rota.

Asintió lentamente, con la mirada fija en la muñeca.

—La puedo reparar.

—¡Qué maravilla! —exclamó el señor Byrd, aliviado.

—Dos semanas. Un mes, quizá.

—El tiempo que necesite.

—Le informaré del precio una vez que empiece el trabajo.

—No me importa lo que cueste si la puede reparar.

Rory volvió a asentir. Colocó la bolsita plástica dentro de la caja, cerró la tapa y volvió a asegurar el cierre.

—Voy a necesitar un teléfono donde localizarlo —dijo.

El señor Byrd sacó una tarjeta y se la entregó. Rory le dirigió una mirada antes de guardarla en el bolsillo: GRUPO ASEGURADOR BYRD. WALTER BYRD, PROPIETARIO.

Cuando Rory se disponía a coger la caja para irse, el señor Byrd apoyó una mano sobre la de ella. Rory nunca había soportado el contacto físico con desconocidos y estuvo a punto de dar un respingo.

—La muñeca pertenecía a mi hija —dijo él en voz baja.

El uso del tiempo pasado llamó la atención de Rory, que levantó la vista de la mano de él hacia sus ojos.

—Falleció el año pasado —reveló el señor Byrd.

Rory se sentó lentamente. Una respuesta normal podría haber sido *Lo siento mucho. O, Ahora comprendo por qué la muñeca significa tanto para usted*. Pero Rory Moore era cualquier cosa menos normal.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó.

—La asesinaron —respondió el señor Byrd, retirando la mano y sentándose frente a ella—. Creen que fue estrangulada. Dejaron su cuerpo en Grant Park en el mes de enero pasado y cuando la encontraron estaba casi congelada.

Rory contempló la muñeca Kestner recostada en la caja, con el ojo derecho cerrado pacíficamente y el izquierdo abierto, con una profunda fisura en la órbita. Comprendió de pronto por qué estaba allí y por qué el detective Davidson

había insistido tanto en que aceptara esta reunión. Era un anzuelo al que sabía que Rory no podría resistirse.

—¿Nunca han encontrado al asesino? —preguntó.

El señor Byrd negó con la cabeza y bajó la mirada hacia la muñeca.

—Nunca han conseguido ni una pista para seguir. Los detectives ya no me devuelven las llamadas. En cierto modo, han abandonado el caso.

La presencia de Rory en la biblioteca demostraba lo equivocado que estaba el señor Byrd, ya que Ron Davidson había sido el que la había convencido para que viniera.

El señor Byrd la miró.

—Mire, esto no ha sido algo premeditado. El otro día cogí la muñeca de Camille porque echaba de menos tremendamente a mi hija y sentía la necesidad de sujetar algo que me hiciera recordarla. Se me cayó y se rompió. No me atreví a contárselo a mi mujer porque me siento culpable y sé que a ella la deprimiría mucho. Esta muñeca era la preferida de mi hija durante toda su infancia. Así que, por favor, créame que tengo mucho interés en que la restaure. Pero el detective Davidson me ha comentado lo reconocida que es usted en esta ciudad y en otras por su trabajo de investigación forense. Estoy dispuesto a pagarle lo que sea necesario para que reconstruya el crimen y encuentre al asesino que le quitó la vida a mi hija.

La mirada del señor Byrd traspasó la armadura protectora de Rory, lo que significaba demasiado para ella. Se puso de pie, cogió la caja de la muñeca y se la colocó debajo del brazo.

—El arreglo de la muñeca me llevará un mes. Lo de su hija, mucho más tiempo. Haré unas llamadas y luego me pondré en contacto con usted.

Abandonó la biblioteca y salió a la calle en esa tarde otoñal. En el momento que el padre de Camille Byrd utilizó el pasado para referirse a su hija, Rory sintió ese leve cosquilleo

en su mente. Ese imperceptible pero siempre presente susurro en los oídos. Un murmullo que su jefe sabía perfectamente bien que no podría ignorar.

—Eres un auténtico hijo de puta, Ron —murmuró en la calle. Se había tomado un descanso de su trabajo como investigadora forense, unas vacaciones programadas que se obligaba a cogerse cada cierto tiempo para evitar el agotamiento y la depresión. Este último permiso había sido más largo que los demás y empezaba a molestar a su jefe.

Mientras andaba por la calle State en dirección a su coche, con la muñeca rota de Camille Byrd bajo el brazo, comprendió que se le habían terminado las vacaciones.